

JUAN CESAR MUSSIO FOURNIER

(1890 - 1961)

Dr. Alfredo Navarro (*) (**) (***)

¿Qué es un Maestro?

La respuesta pertenece a los discípulos. A los privilegiados que encontraron uno en su camino. A ellos, mediando el tiempo, que esta respuesta no es fruto de juventud ni obra del apresuramiento. Resulta de revivir antiguos recuerdos, revalidados a la luz de nuevas ideas.

Recuerdos antiguos; reminiscencia de las cautivantes impresiones y seducciones intelectuales esparcidas ayer por el Maestro en el alma y en la mente de los discípulos.

Nuevas ideas; productos de la evolución cultural y conceptual de los discípulos y consecuencias directas de formas más desarrolladas de pensar, con enfoques diferentes, desde ángulos de mira más abiertos, horizontes más extensos y perspectivas más reales, sobre los hechos y los hombres y los hechos de los hombres.

Interacción fecunda; que estas nuevas ideas son los instrumentos apropiados para extraer la savia de aquellos antiguos recuerdos. Extraerla; descifrar su naturaleza; encontrarle sentido; comprender su trascendencia y, por último, transformarla en inspiración. Inspiración para completar la imagen del Maestro con trazos definitivos. Imagen ya vislumbra-da en su grandeza, pero inconclusa en el pasado, detenida en las fragmentarias líneas de un bosquejo, cuando la aptitud valorativa de los discípulos, aún insuficiente, impidió culminarla con todo su realce.

Afortunada mutación; diseminada siembra de año, concentrada cosecha de hogaño y, entre ambas, germinación lenta y silenciosa de la simiente dejada por el Maestro en la profundidad fértil de los surcos subconscientes del discípulo y terminada, finalmente,

en el brote vigoroso de la efigie esclarecida. Proceso que, en esencia, redescubriendo las virtudes del Maestro, paso a paso las devuelve a la luz, mejor apreciada su eminencia y representada ahora con trazos de pureza superior. Tal cual, en la figura emergente de la bruma, poco a poco va surgiendo la silueta, se acentúan los contornos y pronuncian los relieves, hasta alcanzar la nitidez completa.

Tres adquisiciones, paulatinamente incrementadas en el curso de la vida, son otros agentes también



Prof. Dr. Juan C. Mussio Fournier

(*) Ex-Profesor de Clínica Endocrinológica. Facultad de Medicina.

(**) Ex-Director del Instituto de Endocrinología. Ministerio de Salud Pública.

(***) Ex-Presidente de la Academia Nacional de Medicina

indispensables de este cambio. Madurez, experiencia y meditación, complementarias y sinérgicas, constituyen la tríada de esas adquisiciones, hijas del tiempo.

Madurez, don de los años, que florece entre hojas otoñales; modera impulsos, aquieta el ánimo, templar el carácter, pondera el juicio.

Experiencia, acopio de vivencias, que ensancha el área del saber, aclara el discernimiento, induce equilibrio en el criterio, abre cautelosos espacios a la duda y, a la par, limita con mesura la certeza, confiere prudencia, a la opinión y fundamento a las convicciones; ayuda a interpretar el pasado, entender el presente, presagiar el futuro.

Meditación, excelsa y peculiar condición del cerebro humano, que, cuanto más honda y sostenida, más capaz de fijarse sobre un punto, abstraerlo, desmenuzarlo hasta sus mínimas partículas, reconocer su índole, y luego, recomponerlo, pero distinto, enriquecido por la asociación de ideas y fecundado por la imaginación; concentración meditativa, en fin, que cuanto más abarca, mejor compara; cuanto más ahonda, mejor alumbrar; cuanto más analiza, mejor conoce; cuanto más poderosa en la síntesis, más lejos trasciende.

Madurez, experiencia y meditación, ofrendas tardías de la existencia, imprescindibles para aquilatar la excelencia. Condiciones que no son mérito de quien las aplica, sino de quien merece su aplicación. Sucede como en la degustación; el mérito no es del catador, sino del vino.

Largo preámbulo para definir un Maestro. Muy largo preámbulo, sí, pero destinado a legitimar el diseño de un hombre preclaro, cuyo auténtico encumbramiento, ni necesita exageraciones, ni admite retaceos.

¡Singular personaje, un Maestro! Singular por un haz de extraordinarias cualidades, desde las que aparecen ostensibles a primera vista, hasta las que anidan en lo substancial; desde la estampa descollante, hasta la originalidad del pensamiento.

Estampa descollante, ante todo; amalgama de atributos asombrosos, que ahincan imborrables en la memoria de los discípulos. Así son, la acción de presencia, la prestancia y la superioridad.

Acción de presencia sorprendente, que se impone por sí sola, sin palabras, de inmediato, sea donde fuere.

Prestancia en las actitudes, que dominan el entorno, sin esfuerzo, naturalmente.



Juan César Mussio Fournier y Gregorio Marañón, en el Hospital Pasteur (Montevideo, 1939)

Superioridad resplandeciente, espontánea, absolutamente exenta de altanería.

Notabilidad tan destacada en el aspecto, despierta, en quienes lo ven sin conocerle, el sentimiento de encontrarse ante alguien diferente de los demás; alguien sobresaliente entre el común de las gentes; alguien que, como sentenciara el ilustre Maestro de Derecho Penal Uruguayo, José Irueta Goyena, en un célebre y celebrado discurso, "es un hombre y no todos los hombres a la vez".

Semejantes rasgos constitutivos de la estampa, irradian autoridad. Autoridad, poder dispensado por el destino a unos pocos elegidos. Suerte de emanación inmaterial, penetrante y posesiva, que fluye de la personalidad y la rodea como aureola. Aureola, cuyo influjo se adentra hasta el núcleo recóndito de los discípulos, conquistándolos imperceptiblemente, obteniendo su acatamiento, libre, firme y respetuoso, sin menoscabar su independencia, ni afectar o siquiera rozar, su dignidad. Autoridad, antítesis de autoritarismo, que avasallante, desconsiderado por la razón y el derecho, engendra aversión y rechazo. Autoridad, parte principal del imperio del Maestro; arte eximio de ejercer el mando, conjugando, armoniosa-

mente, la consideración por los discípulos, con la obligación de exigirles cumplimiento de los principios de moral, deber y trabajo, que él con su ejemplo les inculca. La autoridad es, en suma, una propiedad mágica, que se desprende como el aroma y prende como el imán.

La estampa atrae, la autoridad adhiere, pero sólo el talento arraiga. El talento del Maestro invade el mundo intelectual del discípulo, y lo modela. Invasión cultural cuyas armas son, la educación del pensamiento, la formación científica, la actitud filosófica de comprensión abierta y pragmática, la abolición de prejuicios, la supresión de dogmas. Esa forma de invasión, privilegio exclusivo de algunos, es, sin duda, la característica más genuina del Maestro. El Maestro, además, indaga las aptitudes del discípulo, incita su expansión, pule sus facetas, aviva su interés por el conocimiento, anima su creatividad. Manejando con sapiencia el estímulo, excita el afán por la superación. Y, supremo beneficio, le enseña a pensar. Le enseña y lo induce a pensar. Lo instiga a fabricar sus propias herramientas intelectuales, a perfeccionarlas sin cesar, para abrir con ellas senderos en lo desconocido, y embarcarse en una apasionante e interminable aventura de la mente por saber, más y más. Influencia directriz y orientadora, que custodia la identidad espiritual del discípulo, sin usar, jamás, un predominio alienante. Esa influencia rectora se incorpora tan consubstancialmente en la estructura intelectual del discípulo que, a la larga, su origen suele perderse en el olvido. No así su efecto bienhechor, afortunadamente.

Maestro y Profesor, dos entidades diferentes; a veces, no siempre, complementarias. Empleando términos sólo aproximativos, es cierto que el Profesor, sobre todo, informa, y que el Maestro, genéricamente, forma.

El Maestro es, del principio al fin, un artífice de personalidades. También oficia de timonel, marcando rumbos, y tiene arrastre de caudillo, congregando adeptos fervorosos. Así es un Maestro, representado a grandes pinceladas. Quintaesencia de ese Maestro, es Juan César Mussio Fournier. El lo simboliza por antonomasia. El ha sido el protagonista de esta descripción, dedicada a evocarlo. Su imagen no estuvo ausente ni en una sola de las palabras pronunciadas hasta ahora, todas ellas dictadas por su recuerdo e incentivadas por su resplandor.

El es la respuesta a la pregunta inicial, que ahora este discípulo enuncia diciendo, que un Maestro, es cuanto fue Juan César Mussio Fournier.

Teñidas por la nostalgia, se agolpan las memorias. Recuerdos nostálgicos; dolor melancólico por lo que se fue sin retorno. Sin embargo, placer;

también placer en la remembranza del Maestro Mussio Fournier, porque, cuanto de él vuelve, es agradable, feliz, enormemente feliz. Feliz, desde lo más enjundioso a lo más trivial.

Tarea a la vez ardua y sencilla, la de representar al Maestro Mussio Fournier. Ardua, por la superabundancia de notables cualidades y hechos prominentes que colmaron su persona y su vida, y no se deben omitir. Sencilla, porque su recuerdo mantiene viva en el alma de sus discípulos la llama que lo ilumina para siempre, como si siguiera aquí.

El aspecto. Estatura mediana; algo corpulento; delgado por largos periodos y en sus últimos años; piel cetrina; cabeza poderosa, bien proporcionada; pelo abundante, liso, largo, gris, esmeradamente peinado. Atuendo sobrio, elegante, sin exceso, excepto los bolsillos del saco, siempre deformados por libretas y papeles, continuamente renovados, donde anota, incesantemente, ideas, proyectos de investigación, programas de trabajos científicos.

Las actitudes. Erguido, sin el menor dejo de petulancia; andar pausado. La estampa y la autoridad impresionantes, tan genuinas de un Maestro, que las suyas fueron prototipo en esta semblanza. Mirada aguda, penetrante, serena, distante al caminar, profunda en el ensimismamiento de la reflexión, brillante, perspicaz y traviesa en la salida graciosa, inesperada y original. Gestos parcos, medidos, breves, acompañados a la palabra y prolongando significativamente su sentido.

La palabra. Fácil, concisa, de absoluta precisión, nunca excesiva, jamás titubeante. Palabra de particularidades únicas en él, por la entonación cambiante con las circunstancias, como prolongar enfáticamente la pronunciación de algunas, para denotar admiración, o repitiendo en eco la última sílaba de ciertos verbos, para dar forma de invitación a una orden; o bien, breve, cortante, de tono levemente alto, en la voz de mando que no admite réplica ni desobediencia; en fin, en contrapartida, palabra, sobre todo, amable y cariñosa; otras veces escueta, profunda, sentenciosa y concluyente, como ante la muerte súbita, diciendo "el milagro es vivir".

El carácter. Juvenil, jovial siempre; hasta el final, no suscitando en nadie, nunca, la idea de su vejez, tal la frescura de su espíritu y la distinción ágil de su porte. Carácter a la par firme, bondadoso y alegre, sin enojos o fastidios fuertes y duraderos. Carácter totalmente desprovisto de la menor tendencia a inmiscuirse en la vida ajena, criticarla o comentarla, ignorándola sin despreciarla ni juzgarla, situado, sin ostentación, por encima de las pequeñeces ruines y bajas de los hombres. Afectuoso con sus amigos. Afectuoso y paternal con sus discípulos, a quienes brindó

indispensables de este cambio. Madurez, experiencia y meditación, complementarias y sinérgicas, constituyen la tríada de esas adquisiciones, hijas del tiempo.

Madurez, don de los años, que florece entre hojas otoñales; modera impulsos, aquieta el ánimo, templar el carácter, pondera el juicio.

Experiencia, acopio de vivencias, que ensancha el área del saber, aclara el discernimiento, induce equilibrio en el criterio, abre cautelosos espacios a la duda y, a la par, limita con mesura la certeza, confiere prudencia a la opinión y fundamento a las convicciones, ayuda a interpretar el pasado, entender el presente, presagiar el futuro.

Meditación, excelsa y peculiar condición del cerebro humano, que, cuanto más honda y sostenida, más capaz de fijarse sobre un punto, abstraerlo, desmenuzarlo hasta sus mínimas partículas, reconocer su índole, y luego, recomponerlo, pero distinto, enriquecido por la asociación de ideas y fecundado por la imaginación; concentración meditativa, en fin, que cuanto más abarca, mejor compara; cuanto más ahonda, mejor alumbra; cuanto más analiza, mejor conoce; cuanto más poderosa en la síntesis, más lejos trasciende.

Madurez, experiencia y meditación, ofrendas tardías de la existencia, imprescindibles para aquilatar la excelencia. Condiciones que no son mérito de quien las aplica, sino de quien merece su aplicación. Sucede como en la degustación; el mérito no es del catador, sino del vino.

Largo preámbulo para definir un Maestro. Muy largo preámbulo, sí, pero destinado a legitimar el diseño de un hombre preclaro, cuyo auténtico encumbramiento, ni necesita exageraciones, ni admite retaceos.

¡Singular personaje, un Maestro! Singular por un haz de extraordinarias cualidades, desde las que aparecen ostensibles a primera vista, hasta las que anidan en lo substancial; desde la estampa descollante, hasta la originalidad del pensamiento.

Estampa descollante, ante todo; amalgama de atributos asombrosos, que ahincan imborrables en la memoria de los discípulos. Así son, la acción de presencia, la prestancia y la superioridad.

Acción de presencia sorprendente, que se impone por sí sola, sin palabras, de inmediato, sea donde fuere.

Prestancia en las actitudes, que dominan el entorno, sin esfuerzo, naturalmente.



Juan César Mussio Fournier y Gregorio Marañón, en el Hospital Pasteur (Montevideo, 1939)

Superioridad resplandeciente, espontánea, absolutamente exenta de altanería.

Notabilidad tan destacada en el aspecto, despierta, en quienes lo ven sin conocerle, el sentimiento de encontrarse ante alguien diferente de los demás; alguien sobresaliente entre el común de las gentes; alguien que, como sentenciara el ilustre Maestro de Derecho Penal Uruguayo, José Irureta Goyena, en un célebre y celebrado discurso, "es un hombre y no todos los hombres a la vez".

Semejantes rasgos constitutivos de la estampa irradian autoridad. Autoridad, poder dispensado por el destino a unos pocos elegidos. Suerte de emanación inmaterial, penetrante y posesiva, que fluye de la personalidad y la rodea como aureola. Aureola, cuyo influjo se adentra hasta el núcleo recóndito de los discípulos, conquistándolos imperceptiblemente, obteniendo su acatamiento, libre, firme y respetuoso, sin menoscabar su independencia, ni afectar o siquiera rozar, su dignidad. Autoridad, antítesis de autoritarismo, que avasallante, desconsiderado por la razón y el derecho, engendra aversión y rechazo. Autoridad, parte principal del imperio del Maestro; arte eximio de ejercer el mando, conjugando, armoniosa-

mente, la consideración por los discípulos, con la obligación de exigirles cumplimiento de los principios de moral, deber y trabajo, que él con su ejemplo les inculca. La autoridad es, en suma, una propiedad mágica, que se desprende como el aroma y prende como el imán.

La estampa atrae, la autoridad adhiere, pero sólo el talento arraiga. El talento del Maestro invade el mundo intelectual del discípulo, y lo modela. Invasión cultural cuyas armas son, la educación del pensamiento, la formación científica, la actitud filosófica de comprensión abierta y pragmática, la abolición de prejuicios, la supresión de dogmas. Esa forma de invasión, privilegio exclusivo de algunos, es, sin duda, la característica más genuina del Maestro. El Maestro, además, indaga las aptitudes del discípulo, incita su expansión, pule sus facetas, aviva su interés por el conocimiento, anima su creatividad. Manejando con sapiencia el estímulo, excita el afán por la superación. Y, supremo beneficio, le enseña a pensar. Le enseña y lo induce a pensar. Lo instiga a fabricar sus propias herramientas intelectuales, a perfeccionarlas sin cesar, para abrir con ellas senderos en lo desconocido, y embarcarse en una apasionante e interminable aventura de la mente por saber, más y más. Influencia directriz y orientadora, que custodia la identidad espiritual del discípulo, sin usar, jamás, un predominio alienante. Esa influencia rectora se incorpora tan consubstancialmente en la estructura intelectual del discípulo que, a la larga, su origen suele perderse en el olvido. No así su efecto bienhechor, afortunadamente.

Maestro y Profesor, dos entidades diferentes; a veces, no siempre, complementarias. Empleando términos sólo aproximativos, es cierto que el Profesor, sobre todo, informa, y que el Maestro, genéricamente, forma.

El Maestro es, del principio al fin, un artífice de personalidades. También oficia de timonel, marcando rumbos, y tiene arrastre de caudillo, congregando adeptos fervorosos. Así es un Maestro, representado a grandes pinceladas. Quintaesencia de ese Maestro, es Juan César Mussio Fournier. El lo simboliza por antonomasia. El ha sido el protagonista de esta descripción, dedicada a evocarlo. Su imagen no estuvo ausente ni en una sola de las palabras pronunciadas hasta ahora, todas ellas dictadas por su recuerdo e incentivadas por su resplandor.

El es la respuesta a la pregunta inicial, que ahora este discípulo enuncia diciendo, que un Maestro, es cuanto fue Juan César Mussio Fournier.

Teñidas por la nostalgia, se agolpan las memorias. Remembranzas nostálgicas; dolor melancólico por lo que se fue sin retorno. Sin embargo, placer;

también placer en la remembranza del Maestro Mussio Fournier, porque, cuanto de él vuelve, es agradable, feliz, enormemente feliz. Feliz, desde lo más enjundioso a lo más trivial.

Tarea a la vez ardua y sencilla, la de representar al Maestro Mussio Fournier. Ardua, por la superabundancia de notables cualidades y hechos prominentes que colmaron su persona y su vida, y no se deben omitir. Sencilla, porque su recuerdo mantiene viva en el alma de sus discípulos la llama que lo ilumina para siempre, como si siguiera aquí.

El aspecto. Estatura mediana; algo corpulento; delgado por largos periodos y en sus últimos años; piel cetrina; cabeza poderosa, bien proporcionada; pelo abundante, liso, largo, gris, esmeradamente peinado. Atuendo sobrio, elegante, sin exceso, excepto los bolsillos del saco, siempre deformados por libretas y papeles, continuamente renovados, donde anotaba, incesantemente, ideas, proyectos de investigación, programas de trabajos científicos.

Las actitudes. Erguido, sin el menor dejo de petulancia; andar pausado. La estampa y la autoridad impresionantes, tan genuinas de un Maestro, que las suyas fueron prototipo en esta semblanza. Mirada aguda, penetrante, serena, distante al caminar, profunda en el ensimismamiento de la reflexión, brillante, perspicaz y traviesa en la salida graciosa, inesperada y original. Gestos parcos, mesurados, breves, acompasados a la palabra y prolongando significativamente su sentido.

La palabra. Fácil, concisa, de absoluta precisión, nunca excesiva, jamás titubeante. Palabra de particularidades únicas en él, por la entonación cambiante con las circunstancias, como prolongar enfáticamente la pronunciación de algunas, para denotar admiración, o repitiendo en eco la última sílaba de ciertos verbos, para dar forma de invitación a una orden; o bien, breve, cortante, de tono levemente alto, en la voz de mando que no admite réplica ni desobediencia; en fin, en contrapartida, palabra, sobre todo, amable y cariñosa; otras veces escueta, profunda, sentenciosa y concluyente, como ante la muerte súbita, diciendo "el milagro es vivir".

El carácter. Juvenil, jovial siempre; hasta el final, no suscitando en nadie, nunca, la idea de su vejez, tal la frescura de su espíritu y la distinción ágil de su porte. Carácter a la par firme, bondadoso y alegre, sin enojos o fastidios fuertes y duraderos. Carácter totalmente desprovisto de la menor tendencia a inmiscuirse en la vida ajena, criticarla o comentarla, ignorándola sin despreciarla ni juzgarla, situado, sin ostentación, por encima de las pequeñeces ruines y bajas de los hombres. Afectuoso con sus amigos. Afectuoso y paternal con sus discípulos, a quienes brindó

amistad, incomparable estímulo y apoyo cuando lo necesitaron, lo que este discípulo, que hoy lo evoca, no olvidará mientras viva.

La simpatía. Rasgo cardinal del Maestro, Manifestada con espontánea naturalidad; no a cualquiera, sino a quien correspondía y en el momento apropiado. Simpatía ni frívola ni pródiga. Simpatía de inimitable expresividad, cuyo centro era la sonrisa, franca, muy frecuente impregnada de picardía traviesa, al servicio de un ingenio extraordinario, de una viveza relampagueante y una rapidez mental asombrosa. "Y... esto lo heredé del pirata Fournier", decía riendo, ante las carcajadas motivadas por sus impagables ocurrencias. El pirata Fournier comandó un buque corsario armado por patriotas orientales en Buenos Aires, en 1825, destacándose en las guerras de nuestra independencia. Esto lo he sabido gracias a mi querido amigo, el Dr. Pierre Gibert, sobrino político del Maestro. Las anécdotas de su simpatía vivaz! Anécdotas rebosantes de agudeza y de gracia chispeante. Desprovistas, sin excepciones, del mínimo rastro irónico, burlón o bromista. Unas, reproducibles en cualquier forma, incluso escrita; otras, igualmente publicables, pero sólo orales, porque los asistentes a una disertación suelen tener el ánimo pre-dispuesto, por las circunstancias y el ambiente, para oír las; situación muy diferente y no siempre favorable en el lector; por fin, otras anécdotas, muy jugosas ciertamente, que, lástima grande, pueden contarse exclusivamente en privado. Anecdótico inacabable y tan variado como polifacético su autor.

El trato. Aunque procurando evitar la puerilidad y también respetar integralmente el parecido en la descripción de un ser ilustre, no debe omitirse la referencia a conductas simples y corrientes como las de relación social. Partes indivisibles de la personalidad, contribuyen a representarla y a completar la realidad del retrato. Por tal, son necesarias; que nada en la vida es sólo valioso por mayor; lo menor, su acompañante obligado, si digno, también lo es. Trataba a todo el mundo con absoluta sencillez, sin atisbo de rígidas formalidades. Afable y cordial, manteniendo imprescindibles distancias, sin afectación ni soberbia, ayudado, entonces, por su inmanente y poderosa autoridad. Poseía el raro don de tratar a cada uno según su valer, llegando a establecer muy sutiles diferencias sin que nadie se sintiera agraviado por ello. Tuteaba habitualmente, salvo con poquísimas excepciones, a sus discípulos, colaboradores y amigos, y a veces también, inopinadamente, en súbito, jocoso y significativo contraste, quitaba el "usted" a quien hubiera creado una situación ridícula, o demostrado alguna ignorancia inesperada e inexplicable. Dispensó, infaltablemente, particular respeto y bondadosa solícitud a los enfermos, llamando, hija, a la joven; señora, a la mayor; amigo o señor, a los hombres, según la edad.

La modalidad. Insólita, absolutamente aparte de lo corriente, fuera de serie, fue su modalidad de vida. Aborrecía las manualidades -decía que nunca había dado una inyección-; detestaba el esfuerzo físico; no concebía madrugar; no se le ocurría cumplir horarios ni amoldarse a disciplinas. Era paradigma del hombre autónomo, dueño completo de sus actos. Aparente desorden, aparente bohemia. En verdad, ni desorden ni bohemia. Un orden propio, de maravillosa fecundidad, demostrada por su obra, entre las más ilustres de la historia de la medicina uruguaya. Obra de un lector, pensador y trabajador infatigable. Qué importa lo que no hizo como el común de los demás, si hizo lo excelso, que el común de los demás no puede!

El trabajo. Salvo en raras ocasiones, siempre leyó más de cinco horas diarias, generalmente mucho más. Su casa era biblioteca en todas partes, además de la principal, por cierto muy grande y valiosa, por los magníficos ejemplares y colecciones de libros y revistas médicas, de arte, de historia y filosofía que guardaba. Leía y escribía horas y días, con férrea aplicación al esfuerzo. Dedicó intensamente su vida a crear Instituciones para la Medicina Uruguaya y a realizar una tarea científica cuya importancia y magnitud constituyen elocuente prueba de su vocacional contracción al trabajo. Trabajo intelectual, inspirado y original, por eso libre de ataduras.

La curiosidad. Curiosidad científica y cultural, como pocas veces es dable encontrar en los hombres. Todo le interesaba en materia de conocimiento. Todo, pero dentro de limitaciones muy precisas. Suprimía lo accesorio, lo que su talento le indicaba como callejón sin salida para la trascendencia conceptual o futura. Imposible olvidar su gesto y su palabra al desear el detalle que alguien quería suministrarle. Recorriendo suavemente su frente, de lado a lado, con el pulpejo de los dedos, como apartando la gravosa sobrecarga, decía "Hay que mantener la mente fresca". Y en la avidez por aprender y comprender, revelaba la majestad de su espíritu, que lo conducía a declarar su ignorancia y su afán por saber, sin ambages, buscando al que mejor pudiera informarle, fuere quien fuere.

El talento. Pensamiento profundo, en la búsqueda de causas, para entender significados, avizorar consecuencias. Pensamiento dotado de vasta amplitud, capaz de abarcar extensas áreas de cultura, además de la medicina. Pensamiento de diáfana claridad, apto para aislar intelectualmente los hechos con impecable precisión, definir sus límites con la perfección de un estilista, desentrañar su composición y, después, viéndolos con sus reales proporciones, integrarlos en síntesis magistrales. Pensamiento que, si fue vigorosamente imaginativo, siempre estuvo rigurosamente regulado por el sentido común, insigne cualidad del Maestro y especie extraña a tantos. Pen-



De izquierda a derecha: Juan C. Mussio Fournier, Charles Laubry y Abelardo Saenz. (París).

samiento nutrido de iniciativa, cuyo vuelo, desde tan altas cimas, al impulso del insaciable interés por saber y hacer, lo elevó a crear. Creatividad cimentada en una memoria asombrosa, que le permitía reunir lo imperecedero de ayer con lo sólido y prospectivo de hoy. Pensamiento que brotaba con tanta naturalidad y etérea fluidez, que jamás pareció resultar del mínimo esfuerzo, sino de la máxima y espontánea facilidad.

Estas palabras no son huecas, ni gajos del frondoso árbol admirativo de este discípulo, cautivado en el pasado por esa inteligencia superior, presente entonces, y más cautivado todavía ahora, casi cuarenta años después, por ella ausente, pero mejor aquilata-da por la acción modelante de la madurez, la experiencia y la meditación.

No, ni palabras huecas ni admiración desmedida, sino autenticidad que surge de las huellas institucionales, académicas, científicas y literarias, que indelebles dejó en su derrotero.

La iniciativa. Con la imaginación se entra en el futuro; con la iniciativa se sale del presente; con ambas se construye el porvenir. Con perenne ánimo de iniciativa, construyó, e introdujo preeminentes adelantos en este país, de capital importancia para la investigación y la docencia en Medicina, y para mejorar y curar a tantos uruguayos.

La personalidad. En el curso de esta disertación, por cierto que entre otras muchas carencias definitivas, falta aún mencionar la característica universal de este Maestro, que es el magnetismo que irradiaba todo su ser. Magnetismo en la personalidad, tremenda fuerza atrayente, generosa dádiva de la Providencia. Un designio misterioso del destino se lo brindó.

La formación. Afortunada fue su formación como consecuencia de la época que le tocó vivir. Era el Uruguay de las luces, culminante en humanística y en el esplendor de la medicina clínica. Periodo que coincidió, en la medicina mundial, con el auge de grandes clínicos. Su pensamiento filosófico nació con Carlos Vaz Ferreira, cuya memoria homenajeaba con admirativo culto. Más tarde fue discípulo de los grandes Maestros de la medicina uruguaya. Entre los de Clínica Médica, Francisco Soca, Américo Ricaldoni y Luis Morquío. Entre 1920 y 1926, joven médico, estuvo en Europa con su, para siempre, inseparable Sofía. Seis años de estudio incansable, e incomparable aprendizaje. Alumno de los más grandes Maestros europeos, como Widal, Pierre Marie, Chauffard, Achard, Guillaín, Bordet, Clerc, Gley, Laubry, Sergeant, Kraus, His, Goldsheider, Umber, Cassirer, Chvostek, Wenkebach, Herman Schlessinger, Cardarelli, Eugenio Morelli, Zondek, Bauer, Pende. Trabajó profunda amistad con muchos de ellos y con contemporáneos de extraordinario relieve, como por

ejemplo, Alajouanine y Marañón. Conservaba centenares de libretas, de los tamaños más dispares, en los que, con su letra casi ilegible, apuntaba las proficuas enseñanzas recibidas.

El clínico. Los dioses lo privilegiaron con el sentido clínico. El sentido clínico, orientación de impulso intuitivo, que conduce certeramente al diagnóstico, antes que el razonamiento, y que la realidad confirma. Era excelso en el interrogatorio. Preguntaba como un eximio plástico maneja el pincel con maestría. Interrogador clínico inigualado, a ese arte sumaba el conocimiento clásico de la medicina, que asombrosamente dominó, con el más moderno, que sus actualizadas lecturas constantemente le proporcionaban. No examinaba personalmente al enfermo, excepto buscando un signo decisivo, pero omitido por el examinador. Es que el examen físico es una metodología médica, y el interrogatorio clínico, una exploración intelectual.

El científico. Si en su actividad no se amoldó al orden convencional, como científico, en cambio, fue estrictamente cartesiano. No admitía nada sin de-

mostración previa, primer precepto del Discurso del Método. Tenía el más estrecho rigor en la observación científica y en la divulgación consecutiva. No publicaba nada sin hacer repetir las comprobaciones, y frecuentemente, por distintos técnicos o investigadores. Esta sabiduría la inculcó en sus discípulos con insistencia indeclinable.

El investigador. Fue un investigador vocacional, conducido por su curiosidad científica y su interés por el conocimiento. Tenía esa actitud constantemente y no cesó en el intento de contagiarla a sus discípulos.

El escritor. Numerosos discursos y ensayos referentes a muy diversos temas muestran la elegancia de su pluma, la profundidad de su erudición y el brillo de su inteligencia, testimoniando, desde otro ángulo que el científico, el vasto alcance de su genio.

El político. La actuación política no fue ajena a su interés, aunque no pasó de esporádica. Ocupó el Ministerio de Instrucción Pública en las postrimerías de los años veinte, y el de Salud Pública, 10 años más



Paris, gran anfiteatro de la Sorbonne; acto solemne para la designación de los Doctores Honoris Causa, entre los cuales varios galardonados con el Premio Nobel. Tercero de izquierda a derecha, Juan César Mussio Fournier.



Juan César Mussio Fournier y Alfredo Navarro. Maestro y discípulo, en Punta del Este (Mayo 1957).

tarde. Sus ideas políticas, claras y concretas, figuran en sus discursos.

La obra. Basta la enumeración, para justificar el encumbramiento. Fundó la Endocrinología Nacional; fue el primer Profesor de Clínica Endocrinológica de la Facultad de Medicina; creó la Escuela Endocrinológica Uruguaya, formando a todas las generaciones iniciales de esa rama de la medicina en el país; creó el Instituto de Endocrinología en el Ministerio de Salud Pública, para la asistencia y la investigación, dotándolo de una admirable organización que comprendió salas, policlínicas, magnífico archivo clínico, un conjunto de médicos con diversas especializaciones aptas para realizar trabajos multidisciplinarios de investigación científica, laboratorios, departamento fotográfico y una biblioteca constantemente actualizada en libros y numerosísimas revistas.

Presidió, en 1940, en Montevideo, el Segundo Congreso Panamericano de Endocrinología, que él mismo promoviera, y al que asistieron los más destacados científicos de las tres Américas. Publicó centenares de trabajos científicos, y en 1951, el Tratado de Endocrinología Clínica, que contó con eminentes colaboradores de Norte y Sud América.

Así cumplió un extraordinario deber generacional. Llevó el progreso hasta un punto de adelanto, tan distante del de partida, que una parte de la ciencia médica uruguaya, y todos sus discípulos, avanzaron muchos años en pocos. Avanzaron como si transportados por una brisa suave pero poderosa, impulsada por la fuerza de su iniciativa y guiada por su talentosa imaginación. Que piensen un instante, sólo un instante, los endocrinólogos uruguayos de hoy, lo que deben a la iniciativa de este gran Maestro, que creó de la nada todo lo que, formando una corriente cada vez más caudalosa desde entonces, hoy reciben. Reciben, y quizá, en mala hora, desconociendo su ilustre origen.

El prestigio. Su prestigio nacional fue considerable, por el grado alcanzado, pero injustamente restringido en difusión. Lamentablemente quedó limitado a elevados niveles culturales y científicos de nuestra sociedad. Su nombre, en memoria de la obra tan ilustre y trascendental que realizó en beneficio del País, debiera figurar en algún lugar privilegiado de Montevideo. Tanto más, cuanto que el magnífico Instituto de Endocrinología que a él se debió, y que por pedido de sus discípulos se llamó "Juan César Mussio Fournier", no existe desde 1982, destruido por un

torpe autoritarismo administrativo y, vergonzosamente, también médico. Su prestigio internacional fue muy grande. Para demostrarlo alcanza con enumerar algunos de los múltiples honores que recibió. Presidente de Honor de todos los Congresos Panamericanos de Endocrinología realizados fuera del Uruguay; Miembro Correspondiente Extranjero de Sociedades de Medicina, Endocrinología y Neurología de varios países latinoamericanos y europeos; Miembro de la Academia Nacional de Medicina de Francia; Doctor Honoris-Causa de la Universidad de París.

Para terminar, un anhelo y una esperanza.

Anhelo de que, ahora, quienes no tuvieron la fortuna de conocerlo, sepan que Juan César Mussio Fournier fue uno entre los más grandes Maestros que ha tenido la Medicina Uruguaya y, también, un personaje excepcional.

Esperanza de que, en el más allá, el Maestro pueda oír la voz emocionada de este discípulo, diciéndole, "Gracias por todo, Maestro. Por todo, que es tanto!"

(Nota de la Redacción)

Para complementar la elocuente y evocadora semblanza que antecede, redactada por el Prof. Alfredo Navarro, transcribimos a continuación los datos biográficos sobre el Prof. Mussio Fournier que aparecen en la obra de Arturo Scarone: "Uruguayos contemporáneos" (1937).

Mussio Fournier (Juan César).

Nace en Montevideo el 7 de febrero de 1890, siendo sus padres don Juan Mario Mussio y doña Josefa Fournier. Fallece en Montevideo el 23 de Marzo de 1961.

Cursó los estudios en la Facultad de Medicina de Montevideo, graduándose en el año 1917. Terminados los cursos emprendió un viaje de especialización en Europa, de 1920 a 1926, permaneciendo tres años en Berlín y tres en París.

Ha desempeñado los siguientes cargos: Médico del Hospital Pasteur (1920); Profesor de Clínica Médica (1926); miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina (1930); Ministro de Instrucción Pública (marzo de 1931 a febrero de 1932); Profesor de Endocrinología de la Facultad de Medicina (1935). Ha sido, además, miembro del Consejo Nacional de Higiene y Ministro de Salud Pública.

Es miembro honorario de la Academia de Medicina de Río de Janeiro; Correspondiente de la Academia de Medicina de Madrid; de la Société de Neurologie de París; de la Société des Hôpitaux de París; de la Société de Médecine de París, de la Sociedad de

Neurología de Buenos Aires, y de otras instituciones científicas de Europa y de América.

Además de los cargos citados anteriormente integró la Convención Nacional Constituyente que proyectó la reforma de la Carta Orgánica de la República que estaba en vigencia desde el 1º de marzo de 1919 y que fué plebiscitada el 19 de abril de 1934.

El 28 de setiembre de 1936 fué designado Ministro de Salud Pública, en reemplazo del doctor Eduardo Blanco Acevedo. El 1º de setiembre de 1920 el P. E. le encomendó el estudio de los progresos en materia de higiene militar en Francia y Alemania; el 14 de octubre de 1924 fué designado Delegado Oficial al 11o. Congreso Nacional de Ciencias Médicas realizado en Sevilla; el 31 de agosto de 1926, miembro del ex-Consejo Nacional de Higiene; el 26 de octubre de 1928, Delegado del Uruguay a la Ira. Conferencia Latino-Americana de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal, llevada a cabo en Buenos Aires y el 23 de agosto de 1935, miembro del Comité de Eugenesia y Homicultura.

Ha dado a la publicidad, entre otros, los siguientes trabajos: "Trastornos Nerviosos de Origen Mixodematoso" "Consideraciones Generales sobre la Narcolepsia, la Cataplejia, y la Enfermedad de Erb-Goldflam", "Estudios de Clínica Médica" 1929; "L'Encéphale", 1934; "Síndrome Parkinsoniano y Trastornos Mentales en el Curso de Veronalismo Crónico. Curación de todos estos Trastornos con la Supresión del Hipnótico", en colaboración con los Dres. E. García Austt y A. Arribeltz. "Bulletins et Mémoires de la Société Médicale des Hôpitaux de Paris". 1931, 2º semestre, (pág. 1748); "Seudo Tumor Cerebral en la Ictericia Hemolítica Adquirida", con el Dr. A. Garra. "Revue Neurologique", Paris, 1923; "Nervio Optico y Mixedema". "The Endocrinology", 1934; "Coma Basedowiano" (con el Dr. A. Loubéjac), "Revue Neurologique", Paris, 1933; "Trastornos neurológicos y Osteomalacia" (con el Dr. L. Calzada y el Bach. Porzecanski) "Revue Neurologique", Paris 1934; "Apraxia Ideo-Motriz Izquierda, Catalepsia Unilateral, Apraxia constructiva; Perseveración Clónica Activa y Pasiva". Journal de Psychologie Normale et Pathologique", Paris, 1934; "Laxitud poliarticular y Atrofia Osea en el Parkinsonismo post-Encefalítico", (con los Dres. A. Bertolini, A. Garra, I. Monestier y F. Rocca, "Revista Médica del Uruguay", Noviembre 1927; "Maladie de Friedreich Survenant Chez Trois Frères a la Suite de L'Encéphalite Léthargique" (En colaboración con el Dr. E. Agorio). "Revue Neurologique", Paris, marzo-abril de 1928; "Cécité par Double Nevrite Optique chez un Malade Atteint d'Hypothyroidisme. Amélioration Remarquable Obtenue par la Thyroidine". "Annales d'Oculistique", Paris, julio de 1932; "Paralysie chez une Hypothyroïdienne", "Revue Neurologique",

Paris, setiembre y octubre de 1918; "Seudo-Tumor por reblandecimiento cerebral". con el Dr. C. González Vanrell. "Anales de la Facultad de Medicina" de Montevideo, febrero 1920; "Oftalmoplegia Total de Origen Palúdico". "Revista Médica del Uruguay", 1919; "Paraplégie par Kiste Hydatique Intra-Rachidien", "Archives de Médecine des Enfants", Paris, 1919; "Síndrome de Raynaud", "Archivos de Pediatría Latino-Americanos", 1917; "Migraine Ophtalmoplégique et Insuffisance Thyroïdienne. "Congrès de Neurologie de Paris, 25 de mayo de 1925; "A Propos d'un Cas de Polyomyélite Antérieure Aigüe, s'étant caractérisée surtout par un Oedème Intense Symétrique et Transitoire au Niveau des Mollets". "Bulletins et Mémoires de la Société de Médecine", etc.

Además ha publicado en los "Anales de la Facultad de Medicina" los siguientes trabajos: "Un caso de acondroplasia con antecedentes familiares de hipoti-

roidismo" (Trabajo realizado en la Clínica Médica del Dr. Ricaldoni), Tomo 2º Págs. 892-900; "Oxycéphalie et Nanisme". (En colaboración con los Dres. A. Isola y C. Butler), Tomo 5º Págs. 255-264; "Extensión continua bilateral del dedo gordo en los derrames sanguíneos de la cavidad infraaracnoidea". (En colaboración con el Dr. C. Seoane y Brs. E. Mourigán y M. Astiazarán), Id. Págs. 693-702; "Sarcoma del lóbulo frontal izquierdo a evolución lenta". Tomo 14o. Págs. 207-223; "Meningitis serosa enquistada de la zona rolándica derecha, traduciéndose por una hemiplegia izquierda. Ausencia de fenómenos convulsivos y de síntomas de hipertensión intracraneana". (En colaboración con el Dr. V. Pérez y Br. J. Malet), Tomo 14o. Págs. 987-1007; "Pseudo tumor por reblandecimiento cerebral" (En colaboración con los Brs. J. Malet y G. González Danrée), Tomo 15o. Págs 45-57; "Síndrome parkinsoniano y trastornos mentales en un caso de intoxicación crónica por el veronal" (En colaboración con el Dr. E. García Austt), Tomo 16o. Págs. 263-271.